

Fermín Ezpeleta Aguilar

fezpeleta@posta.unizar.es

Universidad de Zaragoza

DOI 10.35869/ailij.v0i22.5595

García Padrino, J. (2024). *La literatura infantil y juvenil en la Guerra Civil*.

Espuela de Plata: Sevilla. 266 pp.  
ISBN: 9788419877147.



Aunque es de sobra conocida la labor investigadora del profesor García Padrino, hay que reconocer que los últimos libros entregados por él a las prensas suponen la culminación de toda una tarea de historiador de la literatura infantil y juvenil. Este nuevo libro de 2024 abrocha la serie que integra los títulos *Historia crítica de la literatura infantil y juvenil en la España actual. 1939-2015* (2018) y *La literatura infantil y juvenil en la España contemporánea* (2023). Se trata ahora de una propuesta que documenta de forma sistemática todo lo que en España se escribe, se edita y se comunica al receptor de corta edad en un periodo de tiempo tan «connotado» como es el de la Guerra Civil (1936-1939).

En efecto, los «niños de la guerra» constituyen el destinatario al que se hacen llegar los mensajes literarios desde la adscripción de cada uno de los sectores contendientes. El autor parte de la hipótesis de que lo publicado en ese periodo trunca la serie literaria anterior, y es que, como se dice en la conclusión, «la guerra invadió y transformó el mundo infantil» (p. 253). Salta a la vista desde el comienzo del enfrentamiento civil la finalidad de propaganda y adoctrinamiento de que están imbuidos los mensajes de los autores de cada uno de los dos bandos y en cada uno de los géneros literarios, con lo que el grueso de la producción se decanta con facilidad hacia la pseudoliteratura, de la que excepcionalmente pueden librarse algunos pocos autores. Es el caso, de Elena Fortún, en la parte republicana, en sus cuentos publicados en la revista *Crónica*. En ellos se realiza un esfuerzo notable por alejarse de las intenciones proselitistas dominantes, sobre un afán de transmisión de valores que tienen que ver con la alegría y la justicia. En el lado nacional, el correlato lo encontramos en el caso de *Err Asan*, seudónimo de Josep Serra Massana, a través de la creación cuentística de un mundo irreal en la colección «Osvernia»: se evita igualmente en esos relatos la referencia a la coyuntura de la guerra.

La parte republicana cuenta con editoriales específicas en Madrid, Barcelona y Valencia. Adquiere importancia aquí la publicación de revistas, entre las que destacan *Floreal*, *Pocholo*, *Pionero Rojo*. *Semanario de los niños obreros y campesinos*, o *Pionerín*. El bando nacional da apoyo a las revistas *Flechas*, *Pelayos* (ambas refunden más adelante en una sola con el título *Flechas y Pelayos*). Después de la guerra, la «formación del espíritu nacional» quedará encarrilada literariamente a través de la revista *Maravillas* (1939-1955), en la que aparece el nombre de Gloria Fuertes desde el año 1940.

El libro, explica García Padrino, va a ser una víctima más de la guerra. Aparte de las incautaciones y la censura, solo a duras penas sobreviven las editoriales, condicionadas además por la escasez de papel. Con todo, hay que consignar la producción literaria salida de la editorial Estrella, con

sede en Valencia, pero con sus talleres en Barcelona, que tiene dependencia directa de los organismos centrales de la II República. El nombre destacado aquí es el de Antoniorrobles quien, acompañado con las ilustraciones de Piti Bartolozzi (hija de Salvador), crea cuentos sobre esquemas clásicos «adaptados a las situaciones y contenidos ideológicos impuestos por el carácter militante de la editorial» (p. 52). En ellos se traspone como telón de fondo la lucha de clases como justificación de las peripecias de los protagonistas. Ahí aparece, por ejemplo, el personaje Botón. Ese mismo autor adapta las fábulas de Samaniego y las pone al servicio de su ideología militante. Este autor logrará crear personajes-símbolos muy reconocibles como Rompetacones o Sidín, que encontrarán en el otro lado ideológico una competidora de impacto en el personaje de Mari-Pepa, ideado por Emilia Cotarelo. En fin, la intención proselitista a favor de la causa republicana se muestra nítida en la colección de esa misma editorial, «Cuentecillos Estrella» o «Estrellitas» con la contribución plástica de artistas como Ramón Puyol y Bardasano. Y no ha de olvidarse la reformulación del personaje Pinocho por parte de Magda Donato con la colaboración de Salvador Bartolozzi.

Más dispersa se encuentra la producción en el campo franquista, aunque puedan señalarse las ciudades de San Sebastián, Vigo o Bilbao como lugares de las que sale lo más representativo de estas literaturas. En la primera de esas ciudades aparece algún título de Mercedes Llimona (*La princesa Risita*, 1938), de Emilia Cotarelo (*El tesoro de Texihualpa*, 1939) o de Leonor Noriega (*Ramón Ramírez*, 1939). Se trata de recreaciones de cuentos tradicionales de los que emergen héroes modélicos a los que se quiere exaltar. La ciudad de Vigo acoge igualmente publicaciones de intencionalidad militante en las colecciones «Cuentos de Job» (más de treinta títulos bajo ese mismo seudónimo) o «Cuentos de la niñez» (cincuenta títulos), de la editorial Cartel. Bilbao, por su parte, es el lugar de publicación de la serie «Cuentos de la abuelita» en la que se insertan cuentos también anónimos como *Pitita en Villa Buila* (¿1939?).

Desde el bando republicano, un escritor de prestigio como Ramón J. Sender hará divulgación histórica con la intención de concienciar a la juventud sobre las causas que determinaron la guerra en su *Crónica del pueblo en armas* (1936), un trabajo de perspectiva histórica en el que el socialismo queda presentado como ciencia histórica que puede proporcionar a los trabajadores instrumentos de combate. En los primeros días de diciembre de 1936, otro escritor importante, como era Antonio Machado, enviaba también a la revista *Crónica* poemillas breves para componer tarjetas ilustradas con imágenes en los que el poeta apelaba a los valores de la instrucción, el estudio, o la limpieza corporal del niño, que era visto por él como símbolo de redención de la humanidad.

En el otro lado ideológico, las instituciones disponen de los servicios del Auxilio Social (sección femenina de la Falange) para proyectar una imagen bondadosa de la Nueva España, superadora del horror. O de la recién creada Radio Nacional en Salamanca para dar aire a la labor de cuentacuentos, con personajes infantiles como Pololo, Marisol, Bigotes o Tío Fernando (Fernando Fernández de Córdoba), quien pone su voz ante los micrófonos. Es decir, el medio radiofónico para hacer propaganda. Y no falta tampoco la divulgación de los hitos que marcan el curso de la guerra. Esa labor la despliega, sobre todo, el sobrino del compositor Albéniz, Víctor Ruiz Albéniz (*El Tebib Arrumi*), en un ambicioso proyecto entre 1939 y 1942 que da cabida a unas cuantas peripecias con fuerte adobo hagiográfico, llenas de «enfervorizadas diatribas y exultantes alabanzas repartidas según el bando en cuestión» (p. 90), en títulos como *La historia del Caudillo, salvador de España, Florón el máspreciado: Alcázar de Toledo, Aquello de Guadalajara fue así, La batalla de Brunete, Aquello de*

*Belchite fue algo glorioso...* Otros nombres de narradores «aleccionadores» del «Nuevo Estado» los encontramos en Federico García Sanchiz (*El amor a España. Escuela patriótica de la mocedad*, 1940) con grandilocuente exaltación de los hitos de la historia de España o en Carmen Martel (*Aventuras de Juanillo*, 1941).

Los géneros de poesía y teatro arrastran una delicada existencia. Son escasas las noticias que se tienen sobre representaciones para receptores de corta edad. Alguna muestra de teatro militante republicano servido para los niños evacuados del frente la encontramos en la obra de Juan Lacomba, *Teatro poético infantil* (1938), o en algunas piezas dramáticas recuperadas y trabajadas por Concha Méndez. La poesía aparece ocasionalmente en Josep Obiols o Lola Anglada quienes, desde el lado republicano, exaltan en *aleluyas* comportamientos modélicos. En el bando contrario puede localizarse algún poemario publicado en «el Año de la Victoria» como el que lleva por título *El niño Pipe* (1939) de F. del Campo Aguilar; o los panegíricos del P. Félix García, escritos en 1938, en los que ensalza las figuras de José Antonio («Romance de José Antonio») o en los que se describe el episodio de Madrid («Romance de Madrid»).

Es decir, queda fuera de toda duda la utilización proselitista de todas estas literaturas, que proyectan sin rubor la militancia política a las creaciones, sea explicando y justificando el conflicto, sea para levantar modelos de conducta en los respectivos héroes. De modo que el resultado es «un curioso paralelismo entre los discursos y temas de las creaciones de uno y otro bando, diferenciadas más bien por los destinatarios de los calificativos utilizados con evidente intención maniquea» (p. 80).

Ni que decir tiene, resulta muy oportuno este trabajo de Jaime García Padrino que se suma a otros muchos suyos, y aun a los de otros historiadores que también han indagado recientemente sobre literatura infantil y juvenil en el contexto de la guerra o en el de sus proximidades, como el estudio de los expedientes de la censura franquista de libros infantiles a cargo de los profesores Soto Vázquez y Tena Fernández (2023), o el de la literatura infantil en el exilio republicano de Berta Muñoz y María Victoria Sotomayor (2021), sin olvidar los trabajos derivados de aquel proyecto de investigación dirigido por Blanca-Ana Roig Rechou, que dio frutos tan relevantes como el libro *La Guerra Civil española en la narrativa infantil y juvenil (1936-2008)*, editado por esa investigadora junto a Veljka Ruzicka Kenfel y Ana Margarida Ramos (2012).